

## Álvaro Zamora

Ramírez, Edgar Roy (2009) *Apuntes éticos*, San José: Antanaclasis (128 páginas, 14 x 21 cm. ISBN 978-99779994-6-6)

Este libro ofrece una colección de apuntes -casi aforismos- sobre tópicos morales. En su *Presentación*, el Profesor Ramírez revela dos intenciones, que luego hilvana en los quince apartados de la obra, para cerrarlos con la punta de un epílogo:

- Primera intención: “ser una invitación a una interlocución continua, en busca de una claridad cordial”;
- Segunda intención: invocar el “esmero por la sugerencia”.

Cada uno de los apuntes merecería -al menos- un comentario, preguntas, sugerencias. Pero la tarea resultaría desproporcionada para una reseña, por lo que elegiré solo algunos planteamientos que me han parecido interesantes, pero discutibles.

En primer término, conviene advertir la vocación moral de los *apuntes*. Algunos tienen matiz axiológico e incluso deontológico. La ética se sugiere o se invoca, mas no en términos propiamente reflexivos sino de *prescripción*, de *exigencia moral*. En tal sentido, el primero retoma una idea de Stuart Hampshire (*Morality and Conflict*, 1988): “Generar barreras contra el mal es una de las funciones de la ética”. He ahí una propuesta moralizante, que en términos de técnica filosófica resulta controversial, pues no distingue lo propiamente moral de lo ético ni de lo *meta ético*. Más que una carencia, esto parece un *leitmotiv*; podría tratarse de una provocación, quizá una forma de comprometerse con la tarea de *construir* el porvenir.

Notable resulta el optimismo y la actitud positiva de esta colección de ideas. Me parece atractiva e intensa la propuesta del duodécimo apartado (“Apuntes hedonistas”): construir una sociedad feliz, sin frustraciones. Podemos simpatizar con ella, el problema es la vía para fundamentarla éticamente. Cuando Ramírez escribe que “el dolor innecesario es una dimensión ético-política” y que “erradicar fuentes de dolor es tan necesario como crear fuentes de gozo” (CXV) asentimos en el plano moral. Pero, en perspectiva ética, es necesario precisar los términos. ¿Cuándo es innecesario el dolor? Ciertos dolores, sacrificios y castigos considerados *necesarios*, *buenos* o *deseables* por unos, resultan inaceptables para otros. Las diferencias conceptuales pueden vincularse con hechos violentos: católicos contra protestantes, inquisidores contra librepensadores y herejes, conquistadores contra conquistados, empresas transnacionales contra pequeños productores, etc. Además, si el dolor es “una dimensión ético-política”, sorprende que el Profesor Ramírez no lo considere en términos de la filosofía política.

En ética no basta el sentido común; los buenos deseos resultan insuficientes. Si Dios no existe, los valores propuestos desde una trinchería moral deben ser asegurados con criterios fuertes. Una intención de vida y amor debe estar preparada para los embates de una concepción nazi o neoliberal. Se puede optar por hacer el bien sin definirlo, sin entenderlo; pero entonces debe aceptarse la posibilidad de que algunos inquisidores católicos actuaran de buena fe en la ordalía, los oficiales de la SS en Auschwitz, los

torturadores estadounidenses en Guantánamo. ¿Cómo privilegiar nuestra propuesta moral frente a la de Bush, la de Hitler, la de Ratzinger o la de Fidel Castro? Esperaríamos hallar respuesta –o al menos una guía para buscarla– en “Cómo juzgar la calidad de una posición ética”, el segundo apartado del libro. Pero las opiniones ahí reunidas, afines al consecuencialismo y al pragmatismo, eluden las cuestiones éticas y políticas de fondo. La expectativa de un método adecuado para evaluar posiciones y teorías apenas se responde con sugerencias, conjeturas, propósitos morales. La sección titulada “Cabos sueltos”, al final del libro, impugna la tortura, la invasión a Iraq y el respaldo de Abel Pacheco a dicho genocidio. Suscribimos la intención moral. Para oponer razones a la violencia, no hallamos, sin embargo, un bastión ético más allá de la perplejidad, el enfado y cierta esperanza de que el futuro sea mejor.

Resulta notable, a lo largo del libro, la disposición para vindicar la moralidad por sus resultados. De ahí un sesgo que ofrece de Aristóteles y la actitud frente a Kant: severa y, en mi criterio, imprecisa. Una marcada antipatía por las “visones omniabarcadoras” (apunte CXXXVIII) se trasunta en el libro, pero las razones de ello apenas se sugieren.

Particular atención merece el tema de la responsabilidad. En el apunte LV se ofrecen diversas acepciones del término. Todas ellas remiten al uso vernáculo y a la costumbre, al plano puramente moral, a criterios relativos, quizá deontológicos. El libro refiere la responsabilidad como algo que puede asumirse o no. La idea es polémica. Que algunos se nieguen a asumir *su* responsabilidad (entendida como obligación o deber) o *la* responsabilidad (entendida como vindicación ineludible de todos los actos humanos) no implica –en perspectiva ética– su ausencia, sino el hecho de que la conciencia moral es tanto fuente de la buena fe como de la mala fe y de los mecanismos del autoengaño. El tema ha sido tratado por numerosos pensadores; algunos costarricenses (entre ellos el Profesor Ramírez).

A lo largo de la obra, el tema de la racionalidad ocupa un lugar de privilegio. En este caso –y pese a su trabajo sobre los argumentos y justificaciones éticas– el autor olvida que la noción *occidental* de racionalidad ha servido muchas veces

para fomentar y justificar la violencia. Fácilmente se ha convertido en *racionalización*, tanto en sentido lato como en sentido psicoanalítico. Cuando se pretende obligar a otras culturas a suscribir dicha fórmula de racionalidad, se limita el diálogo ético y la “igualdad de dignidad” evocada en el apunte CIV. Las consecuencias políticas y culturales merecen atención.

Seductor resulta el apunte LXXV: “No estamos hechos para sufrir injusticias [...], padecer frío [...] ser torturados [...] ser bombardeados”. Pero, ¿cuál sería la intención de quien (o *de lo que*) nos ha creado?

El asunto de la opresión y la iniquidad es político. Por eso, resulta curiosa la teleología *negativa* o el *lamarckismo moral* que se trasunta en este apunte y en gran parte del libro. Conviene recordar que la noción *lucha por la existencia* (Darwin) describe un hecho natural. No es buena o mala *en ni por sí*; no es un asunto moral. Solo por analogía entra en el legado ético (Spencer); luego algunos han pretendido construir sobre ella una especie de religiosidad secular. Sorprende la denotación teleológica elegida por el autor. ¿Cómo probar que nuestra capacidad de adaptación no es la que nos permite, motiva u obliga a ser victimarios y víctimas, millonarios y esclavos, feministas y machistas?

Me inclino a pensar que el Profesor Ramírez evoca tal *finalidad negativa* como un medio retórico. Dado el tono y las preocupaciones del libro, su verdadera pretensión podría ser otra: comprometerse con una moral de la equidad y la justicia (términos que requerirían alguna precisión).

Es probable que la violencia humana no dependa solo *de que se nos haya hecho para* cumplir algún destino. El asunto no depende de los *buenos* propósitos morales; tampoco se puede explicar a partir de ellos. Un enfoque crítico ha ponderar adecuadamente los aportes de la biología y las ciencias sociales. Es cierto, sin embargo, que estos *Apuntes éticos* han sido escritos para *sugerir e invitar*, no para analizar temas tan complejos.

Las intenciones del autor (consignadas al principio) promueven un movimiento semejante al de la dialéctica clásica: proponer, preguntar y responder, confrontar posiciones, acuerdos eventuales en el desacuerdo, cambios en cada bando

motivados por el otro. La puntada del epílogo trasciende lo real y sus probabilidades, para soñar con un tiempo donde se olviden los lamentos; un tiempo de equidad, paz, panes y plenitud.

He dicho que estos *Apuntes* deben discutirse; también merecen otro libro: los escritos *morales* reclaman *una ética*. El Profesor Ramírez tiene la palabra.

Gallardo, Julio César. *El tercer tiempo del evangelio que nos da: Introducción al pensamiento de Juan Luis Segundo*. Barroto, S. A., IICA, Facultad de Filosofía y Letras, Escuela Ecueménica de Teología, Universidad de la Religión, 311 páginas.

En su trayectoria el profesor Julio Gallardo Martínez (1934-1999) ha publicado numerosos artículos y libros, profesor de la Universidad de Costa Rica y Universidad Nacional de Costa Rica y Universidad Nacional de Colombia, ha trabajado preocupaciones, preguntas y análisis en torno a las inquietudes en América Latina, derechos humanos, Pensar en América Latina, la política y la política, y la Teología Latinoamericana y de la Liberación (T.L.), entre otros. De este último campo temático vale el diálogo con los seleccionados trata el libro *Crítica Social del Evangelio que vive*.

Este libro comienza con la selección de los por el equipo de profesores de la Escuela Ecueménica de Teología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Costa Rica (UNCR) de cuenta de un tiempo dedicado a la obra de Segundo que se portada en el libro *Segundo y Segundo en América Latina*, editado por el mismo equipo de profesores. El libro comienza al menos con una reflexión sobre la posición de Segundo en la teología latinoamericana de significación social y política, que no solo pensar es hacer, se desarrolla en un espacio donde lugares específicos de la teología.

Gallardo vive el T.L. en un espíritu de de Juan Luis Segundo: "Más que la relación entre método teológico y el método teológico evangélico y prácticas de ministerios que dialoga entre el dogma cristiano y la recuperación unipolar, función del Concilio Vaticano II. Expresado en sus categorías centrales *teología política* y *teología social* que invitan a una comprensión y actitud hacia la Revelación como horizonte hermenéutico de

esperanza humana en su auto-producción de vida humana libre y responsable en condiciones que no determinan enteramente por sus límites sociales. Es decir, la Revelación invita a un *desmoronamiento* anti-idolátrico. Pastora teológica teológica que reorienta las relaciones entre *teología* y *secularización*, cuya radicalidad entendida como pertinencia, intensidad y capacidad de interpelación, se desplaza las nociones tradicionales de *pecado* y *culpa* por una nueva forma de vivir la fe sin esa carga metafísica, a saber, *responsabilidad* y *pecado* por una nueva forma de vivir y testimoniar la fe en América Latina. En palabras de Segundo: "Tienen los cristianos algo específico que llevar como aporte a la lucha común de todos cuantos quieran más justicia, más solidaridad, más amor, en la realidad socio-política de nuestro continente" (citado en página 287).

En este sentido el libro de Gallardo por la T.L. se ha centrado siempre en su potencialidad de hacer de la vivencia de fe de los creyentes/teólogos un factor de la transformación radical de las condiciones de existencia de las poblaciones del subcontinente exigen, cuestión social y política dentro de la cual la producción teológica tiene un nivel propio que, quizás, debería ser discutido por quienes combinen la lucha social con una formación especializada en este campo" (p. 116).

Ahora, ¿Por qué interesarse en el pensamiento de Juan Luis Segundo? ¿Tiene algún alcance social dicho ejercicio? El teólogo uruguayo José Luis Segundo (1925-1996) reflexionó, vivió, actuó y pensó desde su lugar de producción epistémica